



SABBAT

Por Jorge G. ARANGUREN

*Siniestras, torvas,
misteriosas brujas,
negros fantasmas de la media
noche,
¿qué estáis tramando?*

(SHAKESPEARE)

I

Ayer estuve en el Sabbat, ayer yo no era este torpe y sollozante amasijo de carne y huesos doloridos y sangre y lágrimas, esta fea cara de ojos saltones, de brazos y huesos rendidos por el trabajo, por la mala vida que me dan el Ama y esa mala bestia de Maese Buenaventura, ayer yo temblaba esperando la monda risa lunar, el guiño tras las tapias donde revienta esa gataza desde hace varias semanas, y donde el boyero y la Engracia van a regodearse y a darle pienso a la loba rijosa que llevan dentro, ayer yo me estremecía de tal modo que tenía miedo por el ruido de mis dientes, puras choquezuelas, temiendo despertar a mis amos, ellos ya bastante alborotados con el rumor de que soy medio bruja y saco untos de animales para ver si se desgracia el ganado del pueblo y las pjaras de Ubaldo, pero tuve al Maligno de mi lado y todos dormían mientras yo me escalofriaba pensando en el corto espacio, en el breve tiempo que me separaba de toda la Corte y el Supremo, así que cuando al fin tuve la luna sobre el alero del sur y la sombra de la gata muerta relucía como un pescado abierto y hediondo, me levanté del catre, saqué de la alacena aceite y sebo, me desnudé como en unas bodas imaginarias y fui frotándome despacito desde las uñas de los pies hasta mi pobre cabello envilecido, teniendo buen cuidado en cubrir toda la superficie del cuerpo, y con un mimo especial los pezones y la nuca y el techo del paladar, mientras pronunciaba en voz baja las palabras necesarias, la fórmula, la negra letanía que era como un rocío para mi ánima, ánima que debía transformarse, que tenía la ineludible obligación de estar vestida para EL con los ropajes tales y el fasto necesario:

*Abajo dios, abajo maría,
el cielo es de azufre,
gira, gira, gira...
envuelve tu carne,
la noche es venida
envuelve tus pechos,
tu vientre,
tus piernas,
alas llevará tu carne dolida,
abajo dios, abajo maría,
el cielo ya es tuyo,
gira, gira, gira...*

(Ya estoy sobre la escoba, siento un frío que me come palmo a palmo, algo como si estuviese al otro lado de la muerte, pero termina pronto, y veo que se alarga el techo del desván y crecen las sombras a mi alrededor, y la luna cruje y siento sus mandíbulas sobre la casa, inundando

con su luz la enorme cerradura que reluce verde y hermosa como la puerta del infierno, y me escurro por la cerradura mientras se rebullen de puro odio los objetos benditos, tiembla el crucifijo de fierro y se clava un poco en la pared salpicando pedazos de yeso, y el laurel palidece y saca sus bracitos del almirez con desespero, y el cuchillo del pan da vueltas y vueltas apuntándome con su hoja azul de tan fría y sin piedad, y no quiero mirar hacia el techo por no ver los ojos del candil, donde chilla el aceite de oliva intentando balbucir algún salmo salomónico que no recuerda para su desgracia, ah, todos seáis maldecidos, todos terminéis yaciendo bajo la ceniza, todos seáis arrebatados por el Norte hasta el helado pálpito del mar y su desasosiego, pero yo ya cabalgo por el cielo negro y verde, ya navego con el sur que me sollama las nalgas, y me siento más feliz que cualquier otro mortal, más dichosa que tú, Buenaventura, que ahora duermes de bruces, sudando, notando en tu piel el cuerpo seboso y con olor a pescado azul de mi Ama, sucia mujer que hoy tiene que soñar con el Papa Luna y con los once ríos equinociales; yo más poderosa que Fray Narciso, al que Mari-juana tiene esta noche orden de despertar y de enseñarle un nuevo súcubo y el monte de venus de San Sebastián, eso para que se dé cuenta de que todo en lo que cree no es más que miseria, e infinitamente más alegre que el boyero, más rica que Ubaldo con sus onzas de oro y sus pjaras, Ubaldo el gordo, el calvo, el impotente, asesino de una niña en noche de viernes, cosa ésta que nadie sabe en el pueblo salvo nosotras, las siervas del Gran Macho Cabrío, las hijas de EL, las elegidas, sí; claro que soy más feliz y más grande que todos ellos, y la noche es navegable, y, abajo, los olivos son de un azul muy pálido y blanco-plata el río, y las nubes a veces de añil, a veces aguantita, y la luna de tan redonda me hace daño y en ocasiones no veo más que su carota y sus quijadas devoradoras de cunas y de honras, pero sé que vuelo bien, cada vez más rápida, sujeta por la inminente madrugada de este nuevo sábado.)

II

Ayer estuve en el Sabbat y todos los augurios prometían una reunión propicia, así que no me extrañó ver relucir las encrucijadas en mi vuelo, y las veletas de fierro daban vueltas como queriendo huir, y la yegua de Blasa, la yegua roja que había sido cubierta en Miércoles de Ceniza, acababa de parir un potrillo negro que tenía en la grupa una tiara y un pez de sangre, y ya cerca del arroyo, junto a la cueva, vi que el cielo se llenaba de fugaces sombras, y eran mis compañeros que llegaban raudamente, algunos

cabalgando de a dos y de a tres en sus largas escobas, y un brujo era caballero en una mula que acababa de morir de un cólico, todo resultaba muy hermoso, y nos saludábamos en la oscuridad afectuosamente, y sucedió que un pastor que dormía al raso alzó los ojos y le pareció oír silbidos como de muchas aves que pasaban sobre él, asustándose a tal punto que se santiguó tres veces y dijo: «Ave María Purísima», y un brujo encorvado escupió sobre él con tal acierto que le dejó en aquel mismo momento un ojo en blanco, una pupila cenagosa que daría miedo a sus hijos durante toda su vida; fue una gran noche, todas invocamos el nombre de EL y se hicieron cocciones para las feligresas, para la tía Urraca, que no acababa de pecar contra el sexto, para el niño de un leñador, al que protegía un brujo y era su íncubo, para dos nuevas iniciadas y para Fray Narciso; se rezaron luego dos rosarios negros, y, cuando apareció el Gran Macho, todos nos prosternamos y luego, de uno en uno, le rendimos pleitesía con nuestro beso y la ofrenda de nuestro cuerpo; EL nos miraba despaciosamente con unos ojos profundos y puntiagudos, verdirrojos, asintiendo con majestad a nuestros cumplidos; olía como a brezo y a retama y al mismo tiempo hedían a leche agria sus fauces negras, boca con grandes dientes que mantenía apretados con firmeza, y todo se fue desarrollando según el rito, y después de beber todos del gran cuenco de arcilla, el Gran Cornudo nos eligió a un puñado de siervas jóvenes y nos fue conociendo a todas, y bramaba satisfecho, y también tuvo ayuntamiento con dos brujos, pero contra natura, y la sacristana reía todo aquello y decía: «brujitos, brujitos, dad a nuestro gran señor lo que sólo a EL le corresponde», y se santiguaba con la izquierda, y luego fue arrebatada por una bruja mayor, con dos hijas y una nieta brujas también, que la reclamaba para su lujuria.

III

Ayer estuve en el Sabbat, ayer yo era fuerte y poderosa y temible y elegida y llena de gracia infernal y casi omnipotente y dichosa, y nadie lo sabía, todo el pueblo se ríe de la pobre Juana, con sus cabellos grasos y harapientos, su carne fea, arrugada, presa de fatiga, y como rosas aborrecibles las moraduras que me hace Maese Buenaventura: «Toma, hermosa, para que veas de espabilar»; aguanta, puerca, hija de perra, mamona, arrastrada, aguanta los golpes de ese mal hombre y los pellizcos del Ama, sus pescozones que me llevan trozos de carne y me vuelven la sangre cárdena y negra, y me despiertan las ganas de matarles a los dos, de sacarles los ojos cualquier noche en

que suene el viento; quizás no tarde en hacerlo (recuerdo que volvimos todos precipitadamente porque ya cantaban los gallos con las plumas tiesas y sobre el pueblo crecía una luz rojiza y coagulada, como de entraña partida, y los puercos y las cabras y todo el ganado del pueblo empezaban a agitarse, o sea que se venía el amanecer a toda prisa, la malvada luz del sol que por mil veces sea maldecida), ahora sólo queda esperar los siete días, sólo queda tener paciencia y aguante para resistir los malos tratos y las ásperas salivas de mis dueños, pero no me importa demasiado, no me importa porque estoy aprendiendo muchas cosas y tengo un conjuro preparado, algo que todavía no es más que un granito de mostaza, algo que sólo es el deseo y la voluntad cada vez más fuerte de satisfacerlo, tengo que aprenderme las palabras, la fórmula que será como una aguja delgada y hambrienta de sus cuerpos, como una araña de patas suaves y fieltrosas que penetrará en ellos para hacerles despacio el amasijo de tripas y de vísceras, como un diente de león o un vilano reventando en la calor de agosto y que de pronto estalla, esparce sus diminutos brazos pegajosos y llenos de veneno en su recién descubierta celda interior, en esos hinchados, pilosos vientres negros que serán viva podredumbre, cuna, tálamo y albergue de una infatigable e inmensa gusanera, así será, así ha de ser, por el momento alentaré al fierro contra ellos y todo lo que sea metal y óxido vendrá a acecharles estrechamente, oh, metal, carne de rayo, sordo y ciego, escúchame, escúchame en el nombre del Gran Macho Cabrío, te invoco en nombre de EL, atiende este mi ruego, de aquí a muy pronto mis amos se darán cuenta de que les están ocurriendo cosas insospechadas, un día será la reja del arado; otro, la aguda hoz resbalando entre sus manos; otro, el gancho de la carne a la altura de las pupilas aterradas; otro, el arnés de las caballerías viniéndose abajo sobre ellos con sus clavos ribeteados de orín; estoy muy satisfecha porque he aprendido mucho en el Sabbat; nadie se volverá a reír de la pobre Juana; nadie intentará de nuevo escupirla, arañarla, poseerla, agotarla de trabajo y de miedo, cubrirla con estiércol, negarla la comida, despertarla del dolorido sueño, llagarla, desgarrarla, orinar sobre ella entre risas y burlas de la gente del pueblo, arrancar sus cabellos, mantearla; nadie se atreverá, nadie, nunca más, nadie, nadie, y será tal mi poder que si un mal día se unen entre todos para atarme a la pira, yo sabré ciertamente las palabras justas, el hechizo adecuado, la razón oportuna para esquivar la sed anaranjada de las llamas, y si no fuese así, aún tendré las fuerzas suficientes para pedir el auxilio de AQUEL que podrá hacerme resurgir, más fuerte o implacable, de mis propias cenizas.